

# RODOLFO LLOPIS ANTE LA CRISIS DEL PSOE DE 1972. SU VERSIÓN EN LA CORRESPONDENCIA CON ANDRÉS SABORIT

César Luena,  
Universidad de La Rioja

No todo comenzó en Suresnes. La crisis del socialismo democrático estaba larvada desde años atrás, cuando la evolución social y política de la Europa occidental –no solo de la sociedad española– fue obligando a evolucionar a las viejas formaciones de la izquierda, que en el caso del PSOE español, de su dirección en el exterior, tenía la desventaja del mal conocimiento de la realidad española y los vicios adquiridos en el doloroso exilio, que a todos, comenzando por el secretario general, Rodolfo Llopis,<sup>1</sup> les había hecho viejos y añorantes, y, lo que es peor, les había alejado de lo que realmente ocurría en España, donde el régimen no iba a caer como esperaban. El gran historiador Eric Hobsbawm, al viajar por España en los años cincuenta, descubrió que ni siquiera «un contacto más estrecho con la oposición antifranquista o con los intelectuales españoles» le habría proporcionado «un sentido más exacto de la realidad» en un país donde «no había voces públicas» y el silencio lo inundaba todo. La explicación que da años después, al escribir sus memorias, es que incluso el Partido Comunista «seguía sin querer aceptar la información que del país les traían sus cuadros clandestinos de que no se vislumbraba en absoluto un derrocamiento repentino del régimen».<sup>2</sup>

Santos Juliá ha añadido al aislamiento con el interior la frustración que les produjo, especialmente a los socialistas españoles del exilio, la dificultad de lograr alianzas con los demócratas, de lo que fue ejemplo el desengaño tras las es-

peranzas que despertó el llamado (por el ABC) «contubernio» de Munich, el IV Congreso del Movimiento Europeo, celebrado en junio de 1962. Llopis salió de aquel encuentro de monárquicos, liberales, democristianos, nacionalistas vascos y catalanes y republicanos –sin el PCE– convencido de que «se había producido algo trascendental», pero pasaron los años, y, en 1970, al dar cuenta de una reunión mantenida en París, confesó la enorme dificultad de negociar con gente como Gil Robles, Areilza o Ruiz-Giménez. «Nada o menos que nada: una profunda frustración», sentencia Santos Juliá.<sup>3</sup>

Pero no era solo la dificultad de confluir en la estrategia con las otras fuerzas democráticas y la responsabilidad de «los otros» lo que se estaba produciendo en el partido. Ya en Munich, Llopis manifestó una actitud que iba a ser su modo de actuar durante el futuro al ningunear a los que, procedentes de España, de la clandestinidad, se habían «colado» en el congreso sin su autorización, como «un tal Carvajal, abogadillo», acompañante de Antonio Villar, del que dijo que estaba «intrigando devorado por su ambición».<sup>4</sup> Pero, incluso antes de Munich, podemos rastrear su actitud vigilante y recelosa, siempre defendiéndose de posibles ataques a su autoridad, lo que le llevó incluso a enfrentarse en 1950 con Saborit<sup>5</sup> –al que calificó de «miope mental voluntario»– antes de sustituirle en la vicesecretaría y la dirección de *El Socialista* en el congreso de agosto de 1950 (IV en el exilio).<sup>6</sup> Este es el Llopis desconfiado, que recibirá como

competidores sospechosos a los que iban a liderar el partido tras su derrota: Múgica, Guerra y González.

Los sufrimientos del exilio les habían hecho miedosos por exceso de celo y de fidelidad a lo que consideraron el legado histórico que estaban obligados a entregar intacto al pueblo español cuando llegara la democracia, como escribía Llopis tras la ruptura del partido, en diciembre de 1972:

En todos y en cada uno de los compañeros allí presentes (reunión de los socialistas del exilio en septiembre de 1944), escribimos en aquel entonces, en los jóvenes y en los veteranos, no hubo más que un solo deseo y una sola preocupación: reorganizar el Partido, rehacerlo homogéneo, con una gran unidad espiritual y con una gran disciplina orgánica para poder preparar el instrumento eficaz de la reconquista de la República española, para poder ofrecerlo en su día a nuestros compañeros de España y para seguir la lucha de siempre en defensa de nuestro Programa socialista.<sup>7</sup>

Por eso, desde el congreso de 1970,<sup>8</sup> cuando era evidente que se aceleraba el ritmo de la política ante el próximo fin biológico del Régimen—por los que iban a intentar perpetuarlo, incluso bajo el señuelo de la democratización—, desconfiaron de todos los que no compartieran con ellos la experiencia de la guerra y la represión, con lo que aumentaron el valor de la distancia generacional. Así pues, además de una ruptura ideológica y estratégica, se estaba produciendo un cambio generacional, condición sine qua non para poder presentarse a la nueva sociedad española lanzada al futuro y deseosa de superar el trauma de la Guerra Civil. Los que no lo hicieron, los que no pudieron encontrar un líder joven producto de la dinámica sociedad española y renovar sus estructuras y abrirlas a la participación, como el PCE de Santiago Carrillo, fueron dejados de lado por los españoles en el proceso de democratización que se abrió a la muerte de Franco.<sup>9</sup>

Y precisamente todo lo anterior queda corroborado con la aportación de estas cartas

de Llopis a Saborit. Como quedan también confirmadas las valiosas tesis de los trabajos de Abdón Mateos, Bruno Vargas o los hermanos Martínez Cobo. En este sentido, la idea de que se produjo una ruptura o escisión en toda regla<sup>10</sup> puede verse plasmada en muchos de los textos aquí presentados. Si bien cabe añadir un matiz importante, puesto que, según demostramos en este trabajo, de entre todos los responsables de la ruptura, Rodolfo Llopis se sitúa como el principal de todos ellos, debido a su responsabilidad entonces, el secretario general del partido, pero también a la falta total de visión de futuro, a su aislamiento de la realidad, que le llevó a un gran desconocimiento de la misma, y al carácter y comportamiento psicológico que, a partir de esas actitudes, fue forjándose en su persona, todo él repleto de desconfianzas y de sospechas.

#### El camino hacia la ruptura, según Llopis

A continuación, trataremos los hechos desde la visión que tuvo sobre ellos uno de sus principales protagonistas, Rodolfo Llopis,<sup>11</sup> que quedó plasmada en la correspondencia que mantuvo con Andrés Saborit, otro dirigente histórico del socialismo español, no solo del PSOE sino también de las Juventudes Socialistas y de la UGT. Saborit, figura clave del socialismo español y, sin duda, el líder de más dilatada militancia—desde 1902, en que ingresó en la Asociación del Arte de imprimir, hasta su muerte, en Valencia, en 1980—, mantuvo una larga relación de amistad y militancia en el exilio con Llopis y, desde Ginebra, adonde se trasladó en 1950, no dejó de reconstruir la memoria del socialismo, escribiendo artículos y cartas, y guardando celosamente cuantos documentos caían en sus manos.<sup>12</sup>

La correspondencia Llopis-Saborit ha sido conservada y catalogada por los archiveros de la Fundación Pablo Iglesias, con el mismo celo que, al poco de perder la guerra, demostró Saborit, sumamente interesado por preservar los archivos de las organizaciones, «tesoro más preciado

para nosotros que el depositado en los bancos de Madrid». <sup>13</sup> Gracias a este celo, podemos conocer en profundidad qué pensaban dos viejos líderes socialistas en la dureza del exilio y ante el miedo de una derrota definitiva del partido casi centenario, que le abocara a ser una fuerza política irrelevante. Y, también, el vértigo por asomarse al momento del relevo, tan indeseado por ellos, especialmente por Llopis, como necesario para el partido. <sup>14</sup>

La importancia de esta correspondencia no se debe solamente a que viene a confirmar todos los estudios relevantes disponibles hasta el momento, sino que, además, incorpora un material novedoso que aporta un importante matiz, ya señalado arriba, y que se constituye en parte como la hipótesis central de este estudio: la responsabilidad de Llopis en la ruptura del PSOE de los años setenta, pero que, como veremos, comienza a fraguarse ya en 1962, y culmina en 1972. Porque, en efecto, desde 1962 podemos comprobar la desconfianza con que Llopis se dirigirá durante la siguiente década a los dirigentes del interior que, aunque solo fuera por una cuestión biológica, estaban llamados a ser los protagonistas del partido.

Y es que Llopis no solo cultivó lentamente esa ruptura, sino que, una vez producida, tardó todavía mucho tiempo en asumir que para que el PSOE se adaptara a la España del momento debía apartarse y facilitar el relevo. No solo no lo hizo, sino que, junto con un puñado de fieles, ejerció de obstáculo. Es una constante en la historia del PSOE que, en no pocas ocasiones, la renovación se abra camino contra la fuerza del pasado convertida en rémora.

Cabe señalar, por último, que la configuración psicológica del personaje cobra una importancia singular a la hora de comprender su posición inamovible durante más de diez años. Vargas ha señalado con acierto que Llopis era fundamentalmente un hombre de partido, con una concepción centralizada y sin corrientes del mismo, lo que denomina «pablista», <sup>15</sup> pero, siendo esto así, no realizó ningún esfuerzo por comprender

el alcance de los cambios que se producían en España, y su ya citada sumersión en la sospecha, el aislamiento y la obsesión por permanecer en el cargo que vemos en las cartas («después de mí, el abismo», parecía pensar) forjó en él una personalidad incapaz de comprender, y contribuyó así, de forma decisiva, a que la quiebra de la confianza entre los dos sectores en liza condujese a una ruptura inevitable como fase previa a la renovación en el seno de la dirección del partido.

Entre los días 13 y 15 de agosto de 1972, se celebró en Toulouse el XXV Congreso del PSOE. Hacía ya el número XII en el exilio, y acabó siendo decisivo para el devenir del partido, pues las fuerzas del interior consiguieron imponer una mayoría lo suficientemente sólida sobre las fuerzas del exilio como para que la escisión del partido, la ruptura —que ya se preveía desde el congreso anterior—, cristalizara en la aparición de dos partidos: un PSOE histórico, dirigido todavía por Rodolfo Llopis, y un PSOE renovado, a cuyo frente se situó una dirección colegiada conformada por hombres como Nicolás Redondo, Felipe González o Pablo Castellano. <sup>16</sup> Justo un año antes, se había celebrado el XI Congreso en el exilio de la UGT, en el que se produjo un escenario parecido, pero que se saldó con el acuerdo *in extremis*, que dio lugar a una dirección compartida por miembros del interior —entre ellos, Nicolás Redondo— y del exterior. <sup>17</sup>

Parapetados los «históricos» en su legitimidad, convocaron un nuevo congreso, que se celebró los días 8, 9 y 10 de diciembre de ese mismo año de 1972, <sup>18</sup> y editaron un nuevo órgano *Le Nouveau socialiste*, que recogió con euforia desmedida lo que a Llopis y a los suyos les pareció «una impresionante manifestación de amor y lealtad al Partido», «un congreso ejemplar», según los titulares de la portada del número del 21 de diciembre, que daba cuenta ampliamente del desarrollo del congreso. <sup>19</sup> Dos años después, del 11 al 13 de octubre de 1974, tendría lugar un nuevo congreso, el muy conocido de Sures-

nes, que vino a culminar el proceso de ruptura, pero también de renovación, que el partido venía deseando, y necesitando, desde hacía años.<sup>20</sup>

El respeto y afecto mutuo propios de una larga militancia preside las cartas de Llopis a Saborit, pero también muestran el efecto del aislamiento que provoca el exilio, incluso en los usos del lenguaje, el tono, las expresiones, el tratamiento de usted tan común entonces. Así se expresaba Llopis, en carta a Saborit, desde Toulouse, el 21 de febrero de 1962:

A usted quizá le parezca extraña esta carta. No importa. He querido que usted, por ser el más veterano de los compañeros expatriados, conozca por mí nuestro estado de ánimo actual. Mientras podamos, continuaremos trabajando como hasta ahora y procuraremos superar el eventual complejo de orfandad que pudiera manifestarse en algún compañero.<sup>21</sup>

Santos Juliá, al describir la composición de la oposición en el exilio —«unas decenas de amigos en torno a unas personalidades políticas»—, dio las claves del anquilosamiento de todas ellas —«continuaremos trabajando como hasta ahora», dice Llopis—, pues llegó un momento en que esperaban, como decía Santiago Carrillo, «no la caída del franquismo, sino más bien su sucesión».<sup>22</sup> Los dirigentes con los que se relacionaban Llopis y los suyos eran los mismos desde hacía años; de ahí que las posiciones fueran esquemáticas, rígidas, presididas desde siempre por la desconfianza y la sospecha. La autoridad de esas «personalidades políticas» del pequeño círculo de opositores españoles se muestra en la primera carta de la serie, la de Toulouse, 21 de agosto de 1961, en la que Llopis todavía puede informar de la presencia de Prieto (que morirá en México medio año después).<sup>23</sup>

En la siguiente carta, la «personalidad política» es Gil Robles; en otras es Ridruejo, o el mismísimo Sánchez Albornoz, pero ya diez años antes del congreso de la ruptura, lo que no falta en casi ninguna carta es la alusión a la «ofensiva», o a la «tormenta»: así denomina a lo que viene del interior, como se observa en la siguiente carta, desde Toulouse, el

19 de diciembre de 1962: Aquí estamos enfrascados con las negociaciones con Gil Robles, que no se presentan mal, Pero estamos asistiendo a una gran ofensiva —que no tiene nada que ver con esas negociaciones— que surge de un pequeño núcleo de neófitos alentados por algunos elementos que no tienen nada de neófitos.

La tormenta de Madrid parece haberse reducido. Pero todo eso nos hace perder mucho tiempo y nos produce no pocos sinsabores.

Y todo ello en unos momentos en que nuestras informaciones nos permiten creer que algo se está cocinando en España para salir de la situación actual. Es decir, cuando nuestro Partido debería ser más homogéneo y más fuerte.<sup>24</sup>

Ni siquiera el optimismo que producía cualquier noticia que permitiera ilusionarse con la caída de Franco influía en el ánimo de un Llopis asustadizo, que calificaba cualquier movimiento del interior de felonía, y a los socialistas más activos, de trepadores. El 30 de junio de 1964 le decía a Saborit:

He dicho esta tarde que estos renovadores del Partido utilizan los trucos de los caciques más desacreditados, pues son tan infantiles que en la propia Circular dicen a ustedes: que ya se han constituido, que ya han aprobado unas proposiciones al Congreso, que ya han designado sus delegados al Congreso «provisionalmente», etc. Y cuando ya han hecho todo eso, les invitan a ustedes a que se incorporen. Perdóneme que le diga que yo iría, con Vázquez y si está Plaza, y protestaría de lo ocurrido, para que constara en acta la felonía cometida. Hay que parar en seco a estos trepadores.<sup>25</sup>

El 5 de agosto de 1964, Llopis elevaba el tono, como hará siempre durante los preparativos de un congreso (en este caso, el de 1964, el XXI, el IX en el exilio):<sup>26</sup>

A mí me preocupa la cuestión fundamentalmente porque no hay más remedio que parar en seco y decir unas cuantas verdades a esos pollos que todo lo atropellan, inventan secciones, afiliados, y se portan como verdaderos enemigos del Partido. Yo me pregunto por qué han venido a un Partido que les parece tan malo. Lo que no encuentro en

nuestros Estatutos ni en la Organización General es lo que echo de menos, es decir, que toda Agrupación, para poder tener delegados en el Congreso, necesita tener unos meses de antigüedad, pues hay que evitar que en vísperas de Congreso se inventen las Agrupaciones y los afiliados para que pesen en la marcha del Congreso.<sup>27</sup>

Aunque en este congreso y en los siguientes, la autoridad y eficacia del secretario general no fue discutida, lo cierto es que el nivel crítico impuesto por las Juventudes Socialistas, tanto del interior como del exilio, fue tan elevado que Llopis aceptó que se «había quebrado la cordialidad» en carta a Saborit de 1 de octubre de 1964, dos meses después del congreso.<sup>28</sup>

Carta tras carta, Llopis volvía sobre el mismo tema. La desconfianza hacia todos, hacia los de fuera y hacia los de dentro, hacia los «veteranos» y hacia los «neófitos», son ya síntomas de un Llopis encerrado en su propia visión, limitada –quizá autolimitada– sobre los acontecimientos que se sucedían, tanto en el interior como en Europa. Incapaz de confiar en nadie de verdad, decide blindarse con una curiosa posición: ninguno sabe, todos se equivocan. Véase su posición numantina en 1967, en esta carta de 29 de enero:

Ya ve usted que en España se agrandan las dificultades de todo orden y la gente trata de situarse. Desgraciadamente, en Madrid nuestros compañeros no llegan a «entrar» en la realidad. Los veteranos que se dedican a «actuar», no actúan de verdad. Y los neófitos, llenos de pretensiones como buenos intelectualoides, no teniendo el ejemplo de buenos veteranos, se desmandan, chismorrear y nos ponen en ridículo. Y, entretanto, los acontecimientos se producen a pesar de todo.

No le quiero amargar con las insensateces que producen los «sensatos» ni de la situación que ha creado los once meses de ausencia del vicesecretario. ¡Estamos tan mal de compañeros que sepan y quieran trabajar!<sup>29</sup>

De nuevo, la cercanía del congreso, que se celebrará en agosto de 1967 (el X en el exilio), reproducía en Llopis la estrategia del en-

frentamiento con todos, que ya no cesará hasta la ruptura. Tras algunas breves cartas a Saborit, redundantes, la del 13 de octubre de 1970 (dos meses después del XI congreso en el exilio) era reveladora: «Nada más. Aquí estamos aguantando, no sé hasta cuándo, para que no se derrumbe lo que todavía está en pie».<sup>30</sup>

En efecto, la posición del secretario general era «aguantar», lo que, a la luz de su relación con Saborit, contenía además una solicitud de complicidad, basada en la negación de lo que realmente ocurría en España, tanto en el proceso de organización en el norte (Asturias y País Vasco) como en los focos de Madrid, Barcelona o Andalucía. Pero también, una absoluta ausencia de interés por la situación del mundo después de 1968, en la que dos hechos adquirirían para los socialistas una relevancia impresionante: la llegada a la cancillería alemana de Willy Brandt en 1969 y el triunfo del socialismo en Chile en 1970.

#### La arrogancia del perdedor ante la ruptura del partido

Tras el duro enfrentamiento dialéctico que había mantenido con Felipe González en el congreso de agosto de 1970,<sup>31</sup> los antiguos «neófitos», «intelectualoides», «abogadillos», serán desde ahora para Llopis «echadizos», e incluso «infiltrados». Llopis no quiso el acuerdo en el XI Congreso sobre una dirección compartida con el socialismo en el interior; tampoco querrá la presidencia en el siguiente congreso, en el trascendental de agosto 1972, de modo que su posición acabó, como ya hemos sostenido, acarreado la ruptura. A tan solo dos meses de celebrarse el XII Congreso –cuya convocatoria no reconoció y al que ni siquiera asistió–,<sup>32</sup> Llopis describió así su situación en una larga carta a su amigo Saborit, de 21 de julio:

Y estoy harto de hacer literatura casi oficinesca. Estamos atravesando el momento más difícil y grave de cuantos hemos conocido desde que reorganizamos nuestro Partido. La situación es de lo más endemoniada. Lo de dentro ya se lo imagina usted,

es... lo que es. Mientras no tuvieron aspiraciones, celebrábamos el poco o mucho trabajo que hacían. Y no digamos nuestra admiración por quienes exponían su libertad y a veces su vida. Pero eso ya no se lleva. Los dirigentes, entre los que no faltan quienes provienen del campo comunista y del campo católico –HOAC y JOC– se portan de tal modo, que acaba uno pensando si no son echadizos, infiltrados, etc. Lo cierto es que les ha salido un deseo de acabar con lo del Exterior..., si no se somete el Exterior a sus caprichos.<sup>33</sup>

Llopis pensaba que el acuerdo en el congreso de UGT del año anterior había sido una claudicación y que el objetivo ahora era el partido. Y así se lo decía a Saborit:

En el Congreso de la UGT, lograron lo que querían: que votase el Interior y que votase, como votó; por el número de afiliados que dijeron tener, pero que era falso. Desde ese momento, se acabó el Congreso. Y ahora venían por el Partido. Y eso no puede ser. Lea usted lo que ha pasado.<sup>34</sup>

Incansable batallador hasta el final, Llopis aún se ilusionaba con resistir:

No es una querrela entre Interior y Exterior, puesto que han dividido el Interior y hay una serie de «Federaciones» a la cabeza de las cuales está Gómez Egido, que han roto con los dirigentes y han pedido directamente a nosotros su afiliación o incorporación al Partido. Y ahora están reorganizando la UGT al margen de la oficial.<sup>35</sup>

Y, por supuesto, no aceptaba la ruptura generacional:

Tampoco es un problema generacional. Es sobre todo, un problema de ambición, de predominio. Son los modos stalinianos. Van, además, directamente a la caja. Saben que el Partido no tiene un céntimo, pero les interesa para otros efectos el Partido. El dinero lo tienen en la UGT. Por lo que dure.<sup>36</sup>

Y más que clarividente, abocado a ser el profeta de una profecía autocumplida, era capaz de contemplar la ruptura inmolándose antes que ceder un paso:

Son ellos los que han convocado el Congreso, del que saldrá la ruptura. Mejor dicho, la ruptura ya está hecha. Han querido ocupar nuestros locales de Toulouse. Quisieron llevarse el teléfono. Y no sabemos lo que todavía pueda pasar. Yo influí en los mexicanos para que viniesen y se entrevistaran con Pablo (Ramón Rubial) –Pablo era el hombre en quien tenía yo gran confianza, pero desde hace un par de años me convencí de que fracasé en mis juicios, una vez más– y ya sabe usted por los mejicanos que no quiso salir. A él le dije hace más de dos años que Fulano venía al Partido para destruirlo, no me creyó. Ahora debería convencerse. Ya es tarde. Lo que Franco no ha conseguido, lo ha conseguido ese grupo.<sup>37</sup>

Diez días antes del Congreso, su espíritu de aislamiento y resistencia se muestra en toda su crudeza, ahora insistiendo en sus sospechas sobre conspiraciones comunistas o franquistas, como en la siguiente carta, de 4 de agosto de 1972:

...la infiltración de elementos al servicio de los comunistas, los unos, y protegidos por los franquistas, los otros. Ya van sintiendo preocupación muchos compañeros al ver que elementos procesados, y en libertad provisional bajo fianza, puedan disfrutar de pasaporte, entren y salgan cuantas veces quieren, intervienen en actos en el Extranjero, etc., y no les pasa nada.

No sé lo que pasará en este mes de agosto, pero, pase lo que pase, nosotros seguiremos firmes hasta que celebremos nuestro Congreso, y en el mismo se decida lo que más convenga. Todo menos entregar a estos advenedizos lo que tanto ha costado organizar y mantener.<sup>38</sup>

En su imaginario, todo lo que sospechaba se había materializado en el congreso, así que el 5 de septiembre de 1972 estalló al contestar una carta de Saborit del 8 de agosto, que Llopis comenzaba con una afirmación rotunda:

Pasó lo que era irremediable. Ahora las acusaciones alcanzaban incluso a asuntos de dinero. Los que se habían «apoderado» del partido lo habían conseguido antes adueñándose de la UGT, porque es fuente de numerario.

Todo lo había plasmado Llopis en la circular 16,<sup>39</sup> en la que se dirige al partido alertando de la «crisis» y explica sus causas y orígenes, pide que el PSOE sea «UNO», obsesionado como está de que el interior adoptase la decisión de separarse y no de competir, que es lo finalmente hizo, y quizá era esto lo que él no se esperaba, que se hiciesen con el partido. La circular termina con unas amenazas propias de quien sabe que, posiblemente, es lo único que le queda en el agónico intento de retener el timón del barco:

Si a pesar de lo que acabamos de escribir, se celebrase el Congreso, convocado por una parte del Partido, nos veríamos en el caso de declarar faccioso dicho Congreso. Y advertimos a quienes asistan que por el hecho de asistir a dicho Congreso, se colocan fuera de la disciplina del Partido y que procederemos en consecuencia.<sup>40</sup>

Llopis creía que la conspiración seguía un guión, una estrategia. La nueva dirección del partido emanada del congreso de agosto de 1972 eran los «asaltantes», y se habían traído a Pablo (Ramón Rubial) para presidir el congreso. Pero era ya sospechoso,

pues si bien es verdad que llegué a considerar a ese compañero como el de mayor responsabilidad en nuestra Organización dentro de España, hacía ya poco más de dos años que lo consideraba dominado —sea por lo que sea— por los intrépidos aventureros de dentro. Él es el responsable de lo ocurrido en la Agrupación Socialista Madrileña.

Pero el responsable de todo era, para Llopis, el «judío vasco», es decir, Enrique Múgica, que controlaba a Pablo, aunque este habría podido al fin decirle a Llopis quién era el verdadero responsable, tras el congreso:

Pablo, durante su estancia en Toulouse, ha estado siempre «vigilado» por los sabuesos del «judío vasco».

Es lamentable lo que ha ocurrido —dijo Pablo— pero la culpa es de Guipúzcoa y de Múgica que lo han envenenado todo. Mientras no acabemos con Guipúzcoa y con Múgica, no habrá paz en el Partido. (Repito que estábamos los tres solos.) Yo

le dije que la culpa era de Pablo, a quien hacía dos años le dije que Múgica venía al Partido a deshacerlo, a destruirlo, por encargo de quien, no lo sabía, pero que estaba convencido de ello. Pablo me contestó entonces que Múgica era ambicioso, ligero, pero nada más. Lo sucedido en Toulouse me confirma en mi apreciación de hace dos años, por no decir mi sentencia'.

Pero la conspiración, según Llopis, aún tenía valedores más importantes. La sospecha ahora llega incluso al régimen franquista y su policía:

Le recuerdo que el 31 de enero de 1971 fueron detenidos en Madrid cinco dirigentes.

No les han retirado el pasaporte. Y Múgica que lo perdió... le hicieron otro dos semanas antes del Congreso de la UGT. Entran y salen de España cuando quieren; intervienen en actos públicos en el Extranjero. Y... no les pasa nada. Pensando sin malicia, hay que creer que es método sutil de la policía para poderlos seguir y saber a dónde van y con quién hablan. Al menos, que algún día se descubra algo peor.<sup>41</sup>

En el informe, de 4 de septiembre de 1972, que sobre el congreso realizó el representante de la Internacional Socialista y del Partido Socialista Francés, Bernard Montanier, se puso de relieve el malestar, también en el ámbito internacional, y la profunda decepción con la actitud de Llopis. Hasta el punto de que el informe recoge una sorprendente teoría de Llopis y su actitud bloqueante ante la celebración del congreso, como ya se ha dicho:

Según sus fuentes de información, un acuerdo secreto existiría, desde la última entrevista Nixon-Brejnev, acerca de España que haría de este país un puesto avanzado del imperialismo americano en Europa. En esas condiciones, España no tardaría a ser un nuevo Vietnam. Siempre, según Llopis, la Unión Soviética había comenzado a enviar armas a ese país.

Esos propósitos denotan el estado de espíritu en que se halla Llopis. Si añadimos que se obstinó en no aceptar la convocatoria del XII Congreso, a despecho de la decisión unánime

de la Comisión Ejecutiva, que emprendió gestiones cerca de los servicios prefectorales y de los servicios de la policía para impedir la celebración del Congreso (los servicios de policía se fueron al Congreso en la jornada del lunes), tales palabras son inquietantes'.<sup>42</sup>

La larga carta del 5 de septiembre de 1972 contiene desde ahora los hechos que Llopis cree que le favorecen en su actitud de ruptura. Las «provocaciones que nos hicieron para apresurar el rompimiento» y los desprecios –la ejecutiva «que había que barrer» *El Socialista*, «ese papelucho»– habían llegado a un grado insoportable para Llopis cuando Alfonso Guerra –al que no cita– publicó en *El Socialista* de mayo de 1972 «Los enfoques de la praxis». <sup>43</sup> Guerra logró irritar a Llopis, pues proponía nada menos que un doble frente de lucha para los socialistas: «la lucha contra el sistema capitalista que les oprime, y la lucha contra ciertas estructuras de su propia organización, que amenazan con la esterilización de sus acciones». Llopis lo vio así:

En el número de mayo hay un artículo infame, voluntariamente provocador. Pidió la Ejecutiva que rectificasen. Y que sancionaran al autor. Contestaron solidarizándose con el artículo, lo que motivó nuestra declaración de incompatibilidad.

La carta sigue con la situación de las adhesiones que había recibido de las «secciones del Exterior», una ensoñación que le llevaba a pensar que

lo de dentro marcha. Han constituido Grupos en muchas provincias. En Madrid –lo ha reconocido Pablo– son mayoría los nuestros. Tienen –lo que me satisface más– en marcha el embrión de doce Federaciones de Industrias. Eso es lo que tienen que hacer para que haya el embrión de la verdadera UGT. Las reuniones que ya hemos tenido se han desarrollado muy bien. No hay apetencias de mando. Se vuelve a la normalidad.

Lo que llamaba normalidad se estrellaba con la realidad, como prueba la siguiente frase:

«El pobre Egido, con sus ochenta y cuatro

años, aconseja y sirve de bandera. Ese no ha traicionado».

Servía de bandera un octogenario. El resto de la carta refleja el patetismo del hombre solo, sin contactos con el exterior, rodeado de venerables ancianos, dispuesto a la inmolación y que al final finge sacrificarse:

creyendo poder salvar lo que tanto trabajo nos había costado levantar. Y pensé hace tiempo, después del Congreso del 70, marcharme. Fue Pablo quien me lo quitó de la cabeza. Estoy dispuesto a eclipsarme, si ello favorece al Partido. Pero no para que triunfen los asaltantes, sino los auténticos.<sup>44</sup>

Numerosas cartas a los amigos de tantos años de exilio sirvieron para que todos conocieran el patetismo de la situación, pero él ya tenía pensada la estrategia de la resistencia que consistía en convocar un congreso en diciembre. Llopis iba a reaccionar. En carta de 18 de noviembre de 1972, un entusiasmado Llopis podía comunicar a su amigo Saborit que

la reacción que se ha producido en la mayoría de los afiliados es, más que consoladora, admirable en todos los sentidos. Jamás han respondido con tanta rapidez y tan generosamente a la suscripción que hemos lanzado para que viva el Partido, suscripción que llega ya a los tres millones de francos franceses viejos.

Y creyéndose de nuevo un gran estratega, piensa coger desprevenido al enemigo y, al final, hacer resplandecer su lucha total:

Ahora digo, me digo a mí mismo, que a mí no me echan, al cabo de tantos años. Prefiero marcharme. Ya sé que eso repercutirá en el Partido, que está necesitado de todos. Pero estoy dispuesto a no aguantar más cabronadas.

Un fuerte abrazo y le deseo mucha salud. La mía es muy buena, a pesar de las maldiciones que me echan.<sup>45</sup>

Durante las jornadas del congreso todavía disfrutó de abrazos y aclamaciones, como había sido siempre: viejos compañeros que no se veían desde hace años, recuerdos de familias, sa-

ludos fraternos. Llopis disfrutó del «verdadero éxito», aunque curiosamente no mencione aquí la presencia de Enrique Tierno Galván, y así se lo comunicó a su amigo Saborit el 21 de diciembre de 1972, sin ocultarle que el congreso

se preparó con precipitación, pues queríamos que se celebrara dentro del plazo estatutario. Se ha celebrado careciendo de medios materiales y de colaboradores. Y lo que me pareció más importante es que los que venían de dentro y de fuera sabían que el Partido atravesaba una crisis profunda, de la que había que salir con el esfuerzo de todos. Ello no quiere decir que no hubiese intrigas. Y en quienes tenían la obligación de no tenerlas.

Tampoco podía engañar a Saborit y, al final, acababa declarándole la verdad:

Y así estamos todavía, a pesar de la escisión que se ha llevado a la otra acera algún que otro ambicioso. Pero no a todos. Por eso quería marcharme yo. Por eso y por otras cosas. Aun sabiendo que ganaba poco el Partido con mi eliminación.

En realidad, él no era el principal problema. A pesar de sus anteojeras, ante Saborit no podía hacerse el tonto y le declaraba la verdad a secas.

Estamos muy mal de hombres. Y lo que es peor, que quienes se deciden a ser elegidos, tienen, en general, una mentalidad anquilosada y no se han dado cuenta o no quieren darse cuenta, de que el Partido, hoy por hoy, no es lo que era antes. Aquí llegamos como héroes. Aureolados. Con historia. Los que entonces estaban al frente de los Partidos «hermanos» nos conocían. Hoy, los Partidos socialistas son cosa distinta de lo que eran. Han cambiado de mentalidad. La Internacional es una máquina burocrática sin emoción. No se atreve a contraer compromisos. Yo he practicado la «política» de presencia». Estar en todas partes. Eso lo han considerado desde hace dos años, como una martingala mía para hacer «turismo». La excusa es que no había fondos. Eso era la excusa. No tiene usted idea cómo los ambiciosos han sembrado esa idea contra mí.<sup>46</sup>

Tras la ruptura, Llopis va desenmascarando en las cartas, una tras otra, a los nuevos «traido-

res», hasta que en la del 15 de febrero de 1973 se muestra, al fin, derrotado:

para mí se ha terminado. No el cementerio particular que tengo para enterrar a los desleales. Lo malo, querido Saborit, es que cada día he de ensanchar el cementerio. Le pido que no haga uso de esta confianza. Un fuerte abrazo.<sup>47</sup>

### Conclusiones

Cuarenta y cinco años después, el estudio de la correspondencia de Llopis con Saborit confirma que el Congreso del PSOE de 1972 fue uno de los más decisivos en su historia y también uno de los más importantes para la historia democrática de nuestro país. Además de ser el precedente sin el que posiblemente no se hubiera desarrollado el trascendental Congreso de Suresnes de 1974, el Congreso de 1972 catapultó al partido adaptándolo a la nueva etapa social y política en la que se adentraba España, una vez que la ruptura provocó la superación del encuadre desfasado e inadecuado en el que se encontraba. Como vio certeramente Alfonso Guerra en el artículo de mayo de 1972, era previo a todo para el partido renovar las estructuras que podían haberlo convertido en irrelevante.

Los jóvenes del interior reconocían a los magníficos y valiosos dirigentes, con Llopis a la cabeza, que mantuvieron viva la estructura del partido y el funcionamiento de sus mecanismos durante las décadas precedentes y que resistieron la soledad y las dificultades del exilio; pero eran muy conscientes de que esos dirigentes habían llegado exhaustos a la década que sería decisiva para la recuperación de la democracia en España. A pesar de que el propio Llopis habló de «transición» en una carta de 1965<sup>48</sup> —nada menos que diez años antes del comienzo de la «Transición»—, su visión del país y su concepción del partido pertenecían al pasado, eran una rémora de bloqueo que los grupos del interior —y del sindicato UGT— decidirán apartar de la dirección superando sus ideas anquilosadas.

Desde 1962 y hasta 1973 las cartas entre los dos viejos compañeros muestran la actitud resistente de Llopis ante los cambios producidos y proyectados en España y en el partido. Será el suyo un problema principalmente de adaptación, un problema que reflejó con amargura, dolor y actitud combativa, como destila cada una de las cartas que envió a Saborit. Lo que Llopis y su grupo de adeptos hasta el final nunca llegaron a entender es lo que Santos Juliá ha llamado «fin de la dualidad como ruptura de la continuidad».<sup>49</sup> Juliá diagnostica lo que Llopis nunca vio, nos lo deja patente a lo largo de sus cartas a Andrés Saborit, porque la dualidad estructural entre burgueses y proletarios, constitutiva de la acción y desarrollo del PSOE en los años precedentes, llegaba a su fin justo en estos años iniciales de los setenta. Más de treinta años de cambios políticos, sociales y económicos habían configurado una nueva realidad. Juliá lo sentenciará de la siguiente forma:

Los socialistas no están fuera de la sociedad y, por tanto, no sienten ninguna revolución en el horizonte y no tienen necesidad alguna de dividir en dos los tiempos de la historia. Han desaparecido, pues, los fundamentos de la dualidad entre el discurso ideológico y la práctica política.<sup>50</sup> Para un socialista actual, la única práctica posible es la de la acumulación de reformas y el único tiempo real es aquel que por medio del uso del poder se procede a la racionalización y modernización del Estado y de la sociedad.<sup>51</sup>

## NOTAS

- <sup>1</sup> Para una aproximación a la figura de Rodolfo Llopis, véase Martín Nájera, Aurelio, *Diccionario biográfico del socialismo español*, Fundación Pablo Iglesias, 2010, y Vargas, Bruno: *Rodolfo Llopis, una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999.
- <sup>2</sup> Hobsbawm, E., *Años interesantes*, Madrid, 2003, p. 315.
- <sup>3</sup> Juliá, S., *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997 pp. 380-381.
- <sup>4</sup> Juliá, S., *Los socialistas en...*, p. 382. El «abogadillo» Carvajal era nada menos que José Federico de Carvajal, militante del PSOE y de la UGT desde 1954. Había nacido en Málaga en 1930 y se licenció

en Derecho en Madrid en 1956. Tras la victoria socialista en 1982 fue presidente del Senado (1982-1989) y antes, durante la «crisis del marxismo» en el partido, presidió la gestora tras la dimisión de Felipe González de secretario general, en 1979.

- <sup>5</sup> Para una aproximación a la figura de Andrés Saborit, véase Mateos, Abdón: «Líderes y militantes socialistas», en Saborit, Andrés: *Pablo Iglesias y su tiempo. Apuntes históricos*, edición a cargo de Abdón Mateos, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 2009, pp. 15-88, y Martín Nájera, Aurelio, *op. cit.*
- <sup>6</sup> Mateos, Abdón, *op. cit.*, 72.
- <sup>7</sup> Llopis, R., «Recomenzar, no; continuar, sí». En *Le Nouveau socialiste*, números 8 y 9, 21 de diciembre de 1972. Aún en esas circunstancias, cuando el partido se había roto en dos, Llopis pensaba en poder ofrecer el partido a nuestros compañeros de España... «en su día». Era como el padre que no cede la herencia.
- <sup>8</sup> La historia de los Congresos socialistas desde 1970 puede verse en: *Congresos del PSOE en el Exilio (vol. II). Archivos Históricos*. Editorial Pablo Iglesias. Madrid, 1981. En concreto: Congreso de 1970: pp. 143-172, Congreso de 1972: pp. 173-213 y Congreso de 1974: pp. 215-233. Y también, para ver los mandatos y composición de las comisiones ejecutivas, ver Martín Nájera, Aurelio. *Partido Socialista Obrero Español*, Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 2009, pp. 44-45, y Carvajal Urquijo, Pedro: *Memoria socialista: 125 años / Pedro Carvajal y Julio Martín Casas*, Madrid, Temas de Hoy, 2005, pp. 151-182.
- <sup>9</sup> Véase Jáuregui, Fernando / Vega, Pedro: *Crónica del antifranquismo (2). 1963-1970: el nacimiento de una nueva clase política*, Editorial Argos Vergara, S.A. Barcelona, 1984, pp. 326-338.
- <sup>10</sup> Como defienden los hermanos Martínez Cobos en su *Intrahistoria del PSOE. IV, La segunda renovación*, Esplugues de Llobregat: Plaza & Janés, 1991, pp. 153-162, Bruno Vargas en su *Rodolfo Llopis, una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 280-291 y Abdón Mateos en su *El PSOE contra Franco: continuidad y renovación del socialismo español: 1953-1974*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, pp. 433-444.
- <sup>11</sup> Archivo Andrés Saborit Colomer (AASC), Fundación Pablo Iglesias, carpeta con la correspondencia de Rodolfo Llopis.
- <sup>12</sup> Saborit, Andrés, *Pablo Iglesias y su tiempo. Apuntes históricos*. Edic. de A. Mateos López, Madrid, 2009.
- <sup>13</sup> Cit. en Saborit, A., *Apuntes históricos...*, p. 275.
- <sup>14</sup> Una síntesis general de esta etapa en Tezanos, José Félix: *Historia ilustrada del socialismo español*, Madrid: Sistema, D.L. 1993, pp. 163-171, y Preston, Paul: «Decadencia y resurgimiento del PSOE du-

- rante el régimen franquista»; en *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975* / S. Castillo... [et al.]; coordinado por Santos Juliá.-- Madrid: Pablo Iglesias, 1986, páginas 358-366.
- <sup>15</sup> VARGAS, Bruno: *Rodolfo Llopis, una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999, p. 277.
- <sup>16</sup> Para este Congreso y el periodo de crisis posterior, véase Juliá Díaz, Santos, *op. cit.*, pp. 381-419; Mateos López, Abdón: *El PSOE contra Franco: continuidad y renovación del socialismo español: 1953-1974*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, pp. 433-455; Martínez Cobo, Carlos y José: *Intrahistoria del PSOE. IV, La segunda renovación*, Esplugues de Llobregat: Plaza & Janés, 1991, pp. 133-162; Guerra, Alfonso: *Felipe González. De Suresnes a La Moncloa*, Madrid, Novatex, 1984, pp. 17-65; Martín Ramos, José Luis: *Historia del socialismo español (1939-1977)* Dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Conjunto Editorial S.A. Barcelona, 1989, pp. 211-225; Gillespie, Richard: *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, versión española de Fernando Santos Fontenla, Madrid: Alianza Editorial, D.L. 1991, pp. 280-312;
- <sup>17</sup> Véase, para este XI Congreso de la UGT, Mateos López, Abdón: *Exilio y clandestinidad. La reconstrucción de UGT, 1939-1977*, Madrid, UNED, 2002, pp. 67-70; del mismo autor, *El PSOE contra Franco...*, *op. cit.*, pp. 424-429; Carvajal y Martín, *op. cit.*, pp. 173-174 y Gillespie, Richard, *op. cit.*, pp. 270-280.
- <sup>18</sup> Véase, Mateos López, Abdón: *El PSOE contra Franco...*, *op. cit.*, pp. 443-444.
- <sup>19</sup> Véase, *Le Nouveau socialiste*, números 7 a 11.
- <sup>20</sup> Para el Congreso de Suresnes, véase Juliá Díaz, Santos, *op. cit.*, pp. 419-429; Mateos López, Abdón: «El PSOE durante la dictadura franquista», en *PSOE 125: 125 años del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2004, pp. 118-124; Martínez Cobo, Carlos y José, *op. cit.*, pp. 177-213; Guerra, Alfonso, *op. cit.*, pp. 69-80 y Jáuregui, Fernando / Vega, Pedro: *Crónica del antifranquismo (3). 1971-1975: caminando hacia la libertad*, Editorial Argos Vergara, Barcelona, 1985, pp. 292-308.
- <sup>21</sup> Archivo Andrés Saborit Colomer (AASC), Fundación Pablo Iglesias, carpeta con la correspondencia de Rodolfo Llopis, carta número 7.
- <sup>22</sup> Juliá Díaz, Santos, *op. cit.*, pp. 380-381.
- <sup>23</sup> Véase AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 6.
- <sup>24</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 8.
- <sup>25</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 11.
- <sup>26</sup> Mateos López, Abdón, *El PSOE contra Franco...*, *op. cit.*, p. 403 y ss.
- <sup>27</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 13.
- <sup>28</sup> Véase AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 14.
- <sup>29</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 20.
- <sup>30</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 23.
- <sup>31</sup> Véase, Mateos López, Abdón: *El PSOE contra Franco...*, *op. cit.*, pp. 416-419.
- <sup>32</sup> «...una delegación manifestó el deseo de entrevistarse con Llopis con el fin de que revisara su posición y asistiera al Congreso. Llopis se negó a recibirlos. Sin embargo, Llopis estuvo en su despacho, situado encima de la Sala donde se celebraba el Congreso, el domingo y el lunes». Cfr. Informe del representante de la I.S. y del P.S.F. en el XIIº Congreso del PSOE, 4 de septiembre de 1972, p. 2. Archivo Fundación Pablo Iglesias, Comisión Ejecutiva.
- <sup>33</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 24.
- <sup>34</sup> *Ídem.*
- <sup>35</sup> *Ídem.*
- <sup>36</sup> *Ídem.*
- <sup>37</sup> *Ídem.*
- <sup>38</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 25.
- <sup>39</sup> Archivo Fundación Pablo Iglesias, Comisión Ejecutiva, Circular n.º 16, 17 de julio de 1972. También son de interés para el tema la Circular 17, del 4 de agosto, la 18, del 19 del mismo mes, y la 20, del 1 de septiembre.
- <sup>40</sup> Archivo Fundación Pablo Iglesias, Comisión Ejecutiva, Circular n.º 16, 17 de julio de 1972. p. 12.
- <sup>41</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 26.
- <sup>42</sup> Archivo Fundación Pablo Iglesias, Comisión Ejecutiva, Informe del representante de la I.S. y del P.S.F. en el XIIº Congreso del PSOE, 4 de septiembre de 1972, pp. 3-4.
- <sup>43</sup> *El Socialista*, número de mayo de 1972.
- <sup>44</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 27.
- <sup>45</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 32.
- <sup>46</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 33.
- <sup>47</sup> AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 35.
- <sup>48</sup> «Yo creo que hemos entrado ya –y no ahora solamente– en la fase primera de la transición, pero creo también que se sucederán varias etapas, que serían cortas si hubiese dentro, para bien o para menos bien, organizaciones serias capaces de inspirar confianza o despertar miedo, con las que pudiesen dialogar quienes lo desean ya». AASC, carpeta Rodolfo Llopis, carta número 15, de 30 de marzo de 1965.
- <sup>49</sup> Juliá Díaz, Santos: «Continuidad y ruptura en el socialismo español del siglo XX», *Leviatán*, número 17, 1984, p. 128.
- <sup>50</sup> Llopis no había cambiado de opinión desde 1949, cuando decía: «No, en nuestro Partido ha habido siempre continuidad. Nuestros objetivos siguen siendo siempre los mismos. Nuestro partido es marxista, revolucionario». En Mateos López, Ab-

dón: «Líderes y militantes socialistas», en Saborit, Andrés: *Pablo Iglesias y su tiempo. Apuntes históricos*, edición a cargo de Abdón Mateos, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 2009, p. 69.

<sup>51</sup> Juliá Díaz, Santos, *op. cit.*, pp. 128-129.

## BIBLIOGRAFÍA

- CARVAJAL URQUIJO, Pedro y MARTÍN CASAS, Julio, *Memoria socialista: 125 años*, Madrid, Temas de Hoy, 2005.
- Congresos del PSOE en el Exilio (vol. II)*. Archivos Históricos, Madrid. Editorial Pablo Iglesias, 1981. Congreso 1970, pp. 143-172. Congreso 1972, pp. 173-213. Congreso 1974, pp. 215-233.
- GILLESPIE, Richard. *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, versión española de Fernando Santos Fontenla, Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- GUERRA, ALFONSO, Felipe González. *De Suresnes a La Moncloa*, Madrid, Novatex, 1984.
- JÁUREGUI, Fernando / Vega, Pedro: *Crónica del anti-franquismo (2). 1963-1970: el nacimiento de una nueva clase política*, Barcelona, Editorial Argos Vergara, 1984.
- JÁUREGUI, Fernando/VEGA, Pedro: *Crónica del anti-franquismo (3). 1971-1975: caminando hacia la libertad*, Barcelona, Editorial Argos Vergara, 1985.
- JULIÁ DÍAZ, Santos, *Los socialistas en la política española: 1879-1982*, Madrid: Taurus, 1997.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: «Continuidad y ruptura en el socialismo español del siglo XX», *Leviatán*, número 17, 1984, pp. 121-130.
- MARTÍN NÁJERA, Aurelio. *Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009.
- MARTÍN NÁJERA, Aurelio: *Diccionario biográfico del socialismo español*, Fundación Pablo Iglesias, 2010.
- MARTÍNEZ COBO, Carlos y José: *Intrahistoria del PSOE. IV, La segunda renovación*, Esplugues de Llobregat: Plaza & Janés, 1991.
- MARTÍN RAMOS, José Luis: *Historia del socialismo español (1939-1977)* Dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Barcelona. Conjunto Editorial, 1989.
- MATEOS LÓPEZ, Abdón: *El PSOE contra Franco: continuidad y renovación del socialismo español: 1953-1974*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993.
- MATEOS LÓPEZ, Abdón: «Líderes y militantes socialistas», en Saborit, Andrés: *Pablo Iglesias y su tiempo. Apuntes históricos*, edición a cargo de Abdón Mateos. Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2009.
- MATEOS LÓPEZ, Abdón: «El PSOE durante la dictadura franquista», en *PSOE 125: 125 años del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2004.
- MATEOS LÓPEZ, Abdón: *Exilio y clandestinidad. La reconstrucción de UGT, 1939-1977*, Madrid, UNED, 2002.
- PRESTON, Paul: «Decadencia y resurgimiento del PSOE durante el régimen franquista»; en *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975 / S. Castillo... [et al.]*; coordinado por Santos Juliá, Madrid: Pablo Iglesias, 1986, pp. 358-366.
- SABORIT, Andrés, *Pablo Iglesias y su tiempo. Apuntes históricos*. Madrid. Edic. de A. Mateos López, 2009.
- TEZANOS, José Félix: *Historia ilustrada del socialismo español*, Madrid: Sistema, 1993.
- VARGAS, Bruno: *Rodolfo Llopis, una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999.